

Notas

La historia y el Perú en José Agustín de la Puente Candamo

Pietro La Torre Zambrano

Universidad de Piura

1. Introducción

Don José Agustín de la Puente Candamo fue uno de los historiadores más ilustres de nuestro país. El inestimable valor de su fecunda producción académica constituye una auténtica invitación a profundizar en el pensamiento de este notable maestro. Por ello, el presente trabajo tiene por objetivo exponer algunas notas sobre su visión de la enseñanza de la historia del Perú, partiendo del material bibliográfico de acceso abierto de la página *Memoria de la Puente, repositorio virtual que recopila su vida y obra*.

En ese sentido, hemos consultado los siguientes textos del doctor De la Puente: *La Universidad Católica y la enseñanza escolar de la historia* (1964), *Reflexiones sobre la enseñanza de la historia del Perú* (1982), *La enseñanza de la historia en los países iberoamericanos* (1996-1998), *¿Por qué estudiamos historia?* (1998) y *Reflexiones sobre la enseñanza de la historia de la independencia hispanoamericana* (2010), con la finalidad de profundizar en su espíritu de maestro. Su análisis nos revela la imperiosa necesidad de la enseñanza de la historia: en De la Puente hay una visión de la historia como una exigencia humana, nacional y personal.

2. El hombre es un ser histórico

La historia es una disciplina esencial para comprender plenamente a la persona. En el libro *¿Por qué estudiamos historia?*, De la Puente (1998) señala que la primera consideración que debe plantearse respecto de dicha interrogante se orienta al hombre mismo: estudiamos historia porque la persona humana es un ser histórico por naturaleza. Desde su concepción, el hombre está inserto en una familia y en una comunidad nacional, cuyo mundo histórico recibe, y está ubicado en una cronología determinada, en un presente que ha sido construido por el pasado:

El objetivo de la enseñanza de la historia está orientado a que el alumno comprenda el mundo en el cual ha nacido, en el cual vive, del cual él es parte

integrante. Antes del nacimiento, desde el instante de la concepción, el ser humano ingresa a un mundo histórico; ingresa a un conjunto de recuerdos, de valores, de formas de conducta; el hombre es un ser histórico. Estudiar historia es como una manera de estudiarse uno mismo y de reflexionar en el contorno de la propia vida personal y de la vida comunitaria de la cual uno es parte. (De la Puente, 1996-1998, p. 339)

La historia es parte integrante del ser de la persona; por ello, nos revela mejor cómo somos, por qué somos de ese modo y cuál es nuestra verdadera vocación (De la Puente, 1996-1998). Quien desconoce su historia está, de algún modo, mutilado, pues carece de memoria y de arraigo, y vive en la incertidumbre, sin saber de dónde viene ni a dónde va. Esta vinculación natural del hombre con su pasado debe plasmarse en la labor docente: dar una orientación distinta a la enseñanza de la historia imposibilita reconocer la verdadera razón de ser del estudio de nuestro pasado y, por lo tanto, genera una enorme falta de interés en el alumno que no comprende el sentido del curso. Así, los errores en la enseñanza de la historia «son causas de la evidente fragilidad de la conciencia histórica, de la vivencia reflexiva de la calidad de ser peruano» (De la Puente, 1998, p. 14), lo cual se traduce en

[...] aceptación de las épocas gratas y rechazo de las desagradables, combate constante contra una u otra manifestación del período histórico cuestionado, dedicación al análisis solamente negativo de nuestras realidades y actitudes, preferencia habitual del producto extranjero sobre el nacional, falta de solidaridad con compatriotas de una u otra región del país, mantenimiento de una posición racista ajena a la comprensión del mestizaje. (De la Puente, 1998, p. 15)

El pasado tiene profunda actualidad. Siguiendo a Javier Zubiri (1960) en De la Puente (1998) señala que la historia nos permite entender mejor el presente debido a que el pasado no muere, sino que está vivo en la actualidad. Considerando que nada de lo que antes fue deja de ser totalmente, el pasado es ingrediente que constituye y conforma el presente. El pasado está vigente como parte de nuestra misma realidad, y, por eso, ofrece una respuesta a nuestros problemas de hoy. De este modo, De la Puente (2010) afirma que la historia es un camino seguro que permite al alumno entender mejor nuestro ambiente y a nosotros mismos. Si el profesor explica adecuadamente la dimensión presente del pasado, el alumno podrá entender por qué se estudia la historia, y, más aún, las consecuencias nefastas de su negación, a saber, la destrucción del presente y de uno mismo, ya que se arranca el elemento constitutivo que es la historia.

El pasado es uno, y, como tal, pertenece a la persona. Nuestro pasado, incluyendo lo bueno y lo malo, es nuestro, nos pertenece; a pesar de no haberse nos consultado, el pasado nos ha sido dado en el primer momento de nuestra existencia. Por más que sea desagradable, el pasado no se puede

negar ni ser rechazado como ajeno, pues pertenece a la persona, aunque no se quiera. Tampoco se puede rehacer el pasado a la luz del presente ni de acuerdo con los deseos personales; tal narrativa sería solo una ficción o una manipulación de lo que realmente pasó, de la verdad. Las realidades históricas nos pertenecen sin que nosotros las hayamos elegido. Nos guste o no, el pasado es nuestro porque es parte de nuestro ser (De la Puente, 1998).

La historia no se constituye solo por los magnos acontecimientos, sino sobre todo por lo cotidiano. Estudiar la historia de la vida cotidiana permite que el alumno descubra y reconozca que la historia se expresa en su propio ser, en su vida personal, dentro de su casa, y no solamente en los personajes ilustres. Por lo tanto, para De la Puente (1998), el profesor debe girar la mirada al estudio de lo cotidiano, ya que ello despierta en el alumno una mayor preocupación intelectual y hace que no sienta ajena la historia; centrarse en lo solemne ocasiona que el alumno rápidamente se fatigue y no identifique su lugar en ella. En este sentido, enseñar la historia reciente revela al alumno la proximidad de la historia; evidencia que no es solo lo solemne y distante, que nos acompaña en nuestro día a día en la acción humana. E incluso, De la Puente (2010) indica que el estudio de la vida cotidiana ofrece uno de los mejores ángulos para entender la independencia, la cual considera como un proceso que comprometió a toda la vida y no solo al campo político o militar.

De esta manera, De la Puente ve la enseñanza de la historia como una necesidad humana en primer término, puesto que «el hombre es un sujeto histórico; es obra de la historia y el mismo hace historia» (De la Puente, 1996-1998, p. 340). El ser humano debe conocer su historia porque, de lo contrario, no puede conocerse a sí mismo ni tampoco a su ambiente; tanto él como el presente son fruto de la historia, y son como son debido a la historia. El pasado, por ello, pertenece en su totalidad a la persona; nos guste o no, toda la historia es parte de nuestro ser, sin exclusión de cualquier hito, sea agradable o desagradable, sea cotidiano o extraordinario. Según De la Puente, la historia de lo cotidiano es un medio más favorable para la formación del alumno, ya que revela la proximidad de la historia, evidencia que la historia acompaña a la persona en el día a día. Así, pues, en De la Puente se aprecia con claridad que el punto de partida en la enseñanza de la historia es, precisamente, la comprensión del ser humano como ser histórico.

3. La conciencia nacional

Para José Agustín de la Puente Candamo (1964), de la labor de los profesores de historia «depende en buena parte la unidad espiritual de la República y un verdadero asiento para la conciencia nacional» (p. 17). En consecuencia, la tarea esencial de los profesores de historia es formar en la mente del alumno una concepción del Perú. Antes que comunicar una serie de datos, importa que el alumno comprenda qué es el Perú, teniendo como

base los datos. Es imposible conocer realmente nuestra vida presente si pasamos por alto la historia; solamente con una buena comprensión de ella, y no con una simple repetición memorística, se puede tener un verdadero sentido de pertenencia nacional en el día a día.

En nuestro tiempo, reconocer nuestra realidad personal y nuestra identidad comunitaria es una tarea primordial a fin de no disociarnos y, más bien, fortalecer nuestra unión. Debemos, entonces, fomentar la conciencia de lo que somos. La unidad del Perú sería solo aparente de no haber un afecto patriótico que se fundamente en el conocimiento exacto de nuestro país. En este contexto, De la Puente (1964) recuerda que el cariño continuo de los precursores de la independencia llegó cuando fue claro y perfecto su conocimiento del Perú. Por lo tanto, la conciencia histórica de los pueblos está ligada inescindiblemente al conocimiento que tengan de su historia; ello revela la alta ubicación que merece en nuestra sociedad la enseñanza de la historia del Perú.

Para explicar la enorme importancia de la formación de una verdadera conciencia nacional, De la Puente (1982) asimila la nacionalidad con la propia familia. Por más que haya progreso material, si no hay afecto, valores y sentido de permanencia, no hay una familia, sino simplemente un grupo humano sin unidad. De igual manera, un desarrollo nacional sin conciencia histórica no es un verdadero crecimiento, sería simplemente una mejora superficial; y para forjar una verdadera conciencia histórica es necesario contar con una enseñanza cabal de nuestra historia. «Del mismo modo que amo a mi familia con sus limitaciones y defectos, no debo olvidar el cariño que debo a mi país, no obstante sus yerros, injusticias o limitaciones» (De la Puente, 1998, p. 13).

Si atendemos a las fuentes de nuestra nacionalidad, encontraremos que la sociedad mezclada y el hombre mestizo son la clave para entender el pasado y el presente. Desconocer o subestimar nuestra realidad personal mestiza es consecuencia de la ignorancia de nuestra propia historia, de la escisión entre el hombre y su historia. Para De la Puente (1982), es innegable que los peruanos con más de dos o tres generaciones en nuestro país son mestizos, pese a que los rasgos físicos no lo revelen. No tener conciencia de nuestra propia personalidad, de nuestro origen, de quiénes somos realmente, ocasiona desconcierto y desorientación de cara a la consecución de nuestras propias soluciones. En consecuencia, el peruano se vuelve un hombre inseguro e impregnado de tristeza, sin objetivos claros y adolecerá de permanentes dudas sobre su propia naturaleza.

Frente al fenómeno innegable de la globalización, De la Puente (1996-1998) ofrece ya a finales de siglo xx una reflexión. Si bien la interdependencia entre los pueblos será mayor y las costumbres se tornarán más semejantes, ello no significa de ninguna manera la pérdida de las identidades naciona-

les, puesto que es indispensable afirmar también la propia idiosincrasia y la propia vocación personal. En *La enseñanza de la historia en los países iberoamericanos*, De la Puente (1996-1998) reconoce que la historia del Perú no está aislada del resto del mundo, sino que forma parte de él, especialmente del mundo iberoamericano. Por ello, a la par que debe afirmarse la propia historia, el alumno no debe entender la historia de Iberoamérica como una historia ajena, por el contrario, debe identificarse como parte de ella y sentir que le pertenece también. Importa ver aquellos aspectos que nos asocian en el pasado y en el presente, y tener una visión conjunta de la historia que nos es común.

Según De la Puente (1996-1998), un hito central para entender el origen común de la cultura iberoamericana, así como también el surgimiento de las diversas nacionalidades, es la conquista española. Del dominio español en América y de la convivencia del español con el andino y el negro germinaron las nacionalidades iberoamericanas. Los tiempos virreinales significaron la formación de una sociedad nueva; las nacionalidades fueron fruto espontáneo y natural de la presencia española en esta parte del mundo a partir del mestizaje. Por tanto, el peruano es un hombre mestizo, fruto, primero, de las fuentes originales del siglo XVI y, luego, de aquellas que vinieron a lo largo de la historia; es una mezcla que se da de muchas formas en lo biológico, en lo cultural y en las costumbres (De la Puente, 1982).

En el Perú mestizo de hoy viven las fuentes originales, ya que «el mestizaje no es el término, no es la muerte de lo anterior, sino la transformación, el renacimiento de algo» (De la Puente, 1982, p. 109). La mezcla es aquello que va a conceder forma y contorno a lo peruano. Si negamos alguno de los elementos que la componen, mutilamos el ser mismo del Perú, pues él «es una realidad social e histórica compleja y con factores peculiares; no obstante, estas peculiaridades no niegan el cauce común, ni la historia común, ni el futuro que debe llevarnos, igualmente, a un fortalecimiento de la comunidad en la variedad» (De la Puente, 1982, p. 111). Así, conocer al Perú es reconocer que aquello que lo define es el mestizaje.

La conciencia nacional es indispensable para la continuidad del Perú; sin ella, lo único que cabría sería la división de nuestro país. Para fortalecer nuestra conciencia nacional, es fundamental tener conocimiento de nuestra historia, ya que, como bien señalaron los escolásticos, *nihil volitum nisi praecognitum* (nada es querido si no es previamente conocido). Y conocer al Perú es, en esencia, identificar su ser mestizo, afirmar que el Perú está definido por el mestizaje que sucedió a la conquista española de Iberoamérica y reafirmar esa vocación nacional.

Luz Gonzáles Umeres, en su texto de homenaje al doctor De la Puente, señaló que nuestro autor es peruano tanto porque nació en el Perú, cuanto por el conocimiento que tenía de su patria. Así, De la Puente es también un

ejemplo de la inseparabilidad de la identidad nacional y el conocimiento de la historia; es peruano porque nació en el territorio nacional, pero también porque conoce y siente como propia la historia peruana:

Y es peruano porque nació en el Perú, pero también porque lo ha buscado y descubierto. Se nota la profundidad de su visión de nuestra patria. Se ve que la ha pensado largamente. Ha dedicado una intensa meditación a la cuestión de nuestra identidad nacional e infatigable la ha esclarecido, compartiendo esas luces suyas con todos aquellos que se interesan de veras por lo peruano. José Agustín de la Puente es un caballero también al tratar el legado de nuestros mayores. Lo maneja con la honradez del intelectual auténtico, pero también con el afecto de quien siente suyo el pasado común que nos vincula. (González, 2002, p. 53)

4. Verdad esperanzadora

Sobre la enseñanza de la historia, De la Puente (1964) señala que «No sólo debemos ser exactos en la enseñanza. No sólo debemos decir la verdad, sino que, además, debemos decir la con alegría, con esperanza en una vida mejor» (p. 17). En una entrevista a *El Comercio*, el reconocido historiador José de la Puente Brunke, hijo de don José Agustín de la Puente Candamo, dijo sobre su padre:

Efectivamente, mi padre tenía una visión positiva del Perú, utilizaba eufemismos porque se resistía a decir directamente sus aspectos más negativos. En el fondo, era un reflejo del ejercicio de la virtud cristiana de la caridad: no hablar mal de nadie ni dar malas noticias [...]. (Planas, 2022, párr. 4)

De la Puente (1964) aboga por una enseñanza exacta, verdadera y, también, alegre, esperanzadora, con un afecto semejante al que se emplea al hablar de la propia familia. Respecto del frecuente pesimismo con el que se ve el futuro en el Perú, De la Puente menciona que no debemos olvidar:

[...] el origen milenario de la patria y la historia secular de la nación; no hay que olvidar que nuestro país, nuestra sociedad, tiene un sitio legítimo en la historia universal; no hay que perder la memoria de la raíz original de nuestra sociedad, del «encuentro» de culturas que, no obstante guerras, dominio e injusticias, creó –y es virtud del hombre andino, del español y del negro– un mundo nuevo, la sociedad mestiza; en fin, hay que releer a Garcilaso para reconocer la fuente de la nacionalidad. (1998, p. 16)

Frente al pesimismo que aniquila, los peruanos en general y los profesores de historia en particular tienen el deber de limitarse a estudiar la verdad por encima de todo y cultivar en los alumnos la serenidad necesaria en la vida académica. Quedarnos en solo lo negativo ignora los ricos valores que hay que rescatar de nuestra historia, como el mestizaje, que nos revela la

personalidad de nuestro Perú y posibilita la armonía de nuestra sociedad. Por lo tanto, los profesores de historia deben transmitir confianza en nuestro país, sobre todo comunicando la conciencia clara de nuestro ser mestizo (De la Puente, 1982).

Para De la Puente (1998), no tiene sentido cultivar esa especie de deleite que algunos sienten al hacer énfasis en nuestras desgracias e iniquidades. En cambio, es necesario considerar todo lo positivo de la vida peruana, identificando aquellos elementos que debemos solucionar en orden a mejorar nuestro país. No podemos quedarnos en el puro enaltecimiento ni el absoluto ensombrecimiento de lo nuestro:

[...] el balance de nuestra sociedad y nuestra República no nos invita al decaimiento. Con abrumadoras notas negativas, encierra un conjunto no menos abrumador de vencimiento de obstáculos, de dignidad frente al sufrimiento, de voluntad de trabajo, de discreción humana, de habilidad personal, que deben alentarnos a dominar toda forma de abatimiento. (De la Puente, 1982, p. 103)

Si el profesor orienta al alumno a vislumbrar el pasado como parte de su ser personal, lo comprometerá a trabajar por la sociedad, de modo que busque afrontar las injusticias y enmendar los errores. Así, De la Puente (1982) sostiene que la respuesta a este pesimismo que está en manos de los profesores de historia es, en primer lugar, comprender bien lo que es el pasado y cómo influye en el presente, y, en segundo lugar, orientar la enseñanza de la historia a la construcción de la sociedad peruana, a la construcción histórica del Perú.

De la Puente (1998) señala que la objetividad del profesor al enseñar historia es vital; tanto el que presenta una historia plagada de injusticias como el que postula una visión glorificada del pasado incurren en un error, en una no-correspondencia con la realidad histórica. En esa línea, el profesor no puede dar pie a resentimientos entre los países en sus clases; su trabajo es revelar la verdad de los hechos, tal y como fueron, sin cambiarlos ni omitiendo alguno, y sin emitir juicios de valor que fomenten discordias ni empleando adjetivos innecesarios (De la Puente, 1996-1998). Tampoco le es lícito presentar una visión unilateral de la historia, construida a partir de un elemento singular —ya sea un personaje, un hecho o una idea—, ya que genera en el alumno una apreciación del pasado a partir de los ideales personales, o una adhesión distante y poco sólida a la historia, dejándola de lado en el día a día (De la Puente, 1982).

De esta manera, en De la Puente se aprecia que la enseñanza de la historia se ordena también a una exigencia personal: la contemplación de la verdad, la cual, antes que conducirnos al decaimiento, nos orienta a la esperanza, comprometiéndonos con el crecimiento del Perú. Por ello, la verdad nos da

esperanza, la verdad es esperanzadora. Solo con un conocimiento verdadero de nuestro país, que considere todos los hechos, tanto buenos como malos, sin considerar alguno incensario o poco importante, posibilitará una visión fidedigna del Perú y, ergo, un compromiso certero con su futuro.

5. Conclusión

Todo lo antes explicado evidencia el carácter vital que De la Puente atribuye a la enseñanza de la historia. Conocer el pasado es una necesidad de tres dimensiones: humana, pues permite al hombre entenderse a sí mismo y a su presente; nacional, porque es condición de posibilidad del mantenimiento de la unión nacional; y personal, ya que implica la contemplación de la verdad del pasado y del presente, así como también da luces esperanzadoras sobre el futuro.

El hombre es un ser histórico por naturaleza debido a que está inserto en un presente del cual el pasado es parte integrante; el pasado está en la actualidad porque es él quien conforma el presente, lo hace ser de la manera que es. Por lo tanto, conocer el pasado nos permite comprender el presente, esto es, cómo somos y por qué somos de ese modo. El pasado, entonces, es parte del ser de la persona, y pertenece enteramente a la persona, sin exclusiones, sean buenas o malas.

La historia es indispensable para la supervivencia de la conciencia nacional. Si no se conoce qué es el Perú ni aquello que nos hace peruanos, es imposible sentirnos parte de la comunidad nacional en la cual hemos nacido. Por ello, la historia — que nos da a conocer nuestra realidad personal y comunitaria — fortalece nuestra unión nacional, lo cual evidencia la alta importancia de su estudio y el inestimable valor de la labor que desempeña el profesor de historia. Y aquello que define al Perú es su ser mestizo, el ser fruto de la convivencia del español con el andino y el negro, tanto en lo biológico como en lo cultural.

La verdad es una exigencia de la persona humana, y es esa la labor del profesor de historia, no siéndole lícito presentar una versión del pasado que no se condiga con la realidad histórica. De esta manera, se conocerá la verdad de los hechos y, más aún, se descubrirá la esperanza que evoca nuestra historia. El pesimismo del peruano es consecuencia de no contar con un conocimiento amplio de su pasado, o de enfatizar los aspectos negativos. Un verdadero aprendizaje de la historia toma en consideración también las muchas notas positivas de nuestro pasado, e invita al alumno a trabajar a favor del Perú. Por ello, en De la Puente (1982) encontramos una visión del Perú también como una tarea, que parte de conocer nuestro pasado.

Referencias bibliográficas

- De la Puente, J. A. (1964). La Universidad Católica y la enseñanza escolar de la historia. *Magíster*, 1(2), 15-18.
- De la Puente, J. A. (1982). Incorporación del académico don José Agustín de la Puente Candamo. Reflexiones sobre la enseñanza de la historia del Perú. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, (17), 93-116.
- De la Puente, J. A. (1996-1998). La enseñanza de la historia en los países iberoamericanos. *Revista histórica*, (xxxix), 339-350.
- De la Puente, J. A. (1998). ¿Por qué estudiamos historia? *Cuadernos de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas*, (20), 7-16.
- De la Puente, J. A. (2010). Reflexiones sobre la enseñanza de la historia de la independencia hispanoamericana. En *La Revolución de Mayo en perspectiva* (pp. 53-62). Universidad del Salvador. Facultad de Historia, Geografía y Turismo.
- González, L. (2002). José Agustín de la Puente Candamo. En Margarita Guerra, César Gutiérrez y Oswaldo Holguín (eds.), *Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo* (pp. 49-56). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Planas, E. (20 de julio de 2022). *La hacienda Orbea: conoce por dentro un santuario histórico en el corazón de Pueblo Libre*. El Comercio. <https://elcomercio.pe/luces/arte/la-hacienda-orbea-conoce-por-dentro-un-santuario-historico-en-el-corazon-de-pueblo-libre-memorias-de-orbea-magdalena-vieja-noticia/>